



YO SOY ROY



¿Tienes ganas de conocerle?

Saga Duales: Fragmento del cuarto libro 😊

Autora: @pujadascristina

NOTA DE LA AUTORA

Os prometí que la historia de Roy saldría pronto porque sé que El Tigre Blanco os dejó con ganas de más. Espero que este fragmento os haga más amena la espera.

Muy pronto os avanzaré la portada y la fecha exacta de publicación; si no me sigues en redes ni en el grupo de Telegram, os dejaré el link al blog con toda la información relacionada a la historia de Roy en el mail que os enviaré a finales de abril 😊

¡Feliz lectura!

Marzo 2022.

Cristina.

Ruth

Me dejé caer en el elegante sofá de cuero *beige* en el que estaba sentada Melissa, Minnie para mí. Victoria estaba arriba con Roy y supongo que yo necesitaba desintoxicarme un poco de todo aquello. Nuestro bello durmiente llevaba allí tendido cuatro días y, a este paso, acabaríamos poniéndole un catéter central para poder alimentarlo de alguna forma. Poco podían hacer esos sueros glucosados, que se tragaba uno detrás del otro, para suplementar todas las carencias a las que había sido sometido.

Empecé a hacer zapping, mientras Laura y Markel jugaban una partida de ajedrez y Minnie trasteaba en su *tablet*. No es que a Laura se le diera bien, pero por lo visto al tigre le gustaba eso de los juegos de estrategia, especialmente en los que podía matar algo, lo que fuera, incluso si eran solo fichas.

Dejé puesta en la pantalla una de esas series cómicas que has visto dos o tres veces y puedes seguir sin mirarlas realmente. Mi mente no estaba en su mejor momento, la verdad, al margen de la culpabilidad que sentía por no haber vuelto a la facultad desde que volvimos de Colonia. Si no era capaz de prestar atención a una serie, como para hacerlo en clases de Patología General. Pasando. Ya recuperaría el tiempo perdido a la vuelta y, al menos, contaba con un buen grupo de amigas que me pasarían unos apuntes dignos para ponerme al día.

Lo de mentir cada vez se me daba mejor. Les había dicho que me quedaba unos cuantos días en Colonia, con Laura. Como todas ellas la conocían, y nos apreciaban a las dos un montón, todo fueron facilidades. No me sentía para nada culpable. Sinceramente, preferiría estar con Laura, allí, paseando por las calles del casco antiguo, burlándonos de la rigidez germánica que tirada en el sofá, viendo sin ver, con esa sensación de angustia clavada en el pecho. Era imposible quedarse impávida después de ver al dual que había sido torturado desde que era poco más que un niño.

Eso era lo único que habíamos conseguido sonsacar a Markel sobre Roy. Que se habían criado juntos y que eran algo así como hermanos, aunque sabíamos que era un león, y que le había dicho a Markel que buscara a un águila. Muy lógico todo.

Buscar sentido a las cosas de los duales no estaba entre mis aptitudes mentales. Probablemente en las de nadie. Solo los pajarracos de Sam y Sophie podrían darnos, si se les antojara, algún tipo de respuesta, pero, a día de hoy, aún no lo habían hecho. Muy majos, ellos.

Minnie había matado la mayor parte del tiempo que llevábamos en casa de los Grant con los grabados que habíamos traído impresos del libro de la biblioteca. Un libro que era más un jeroglífico que cualquier otra cosa. Apenas la había ayudado, lo confieso, pero creo que ella necesitaba mantener su mente ocupada en algo y yo, simplemente, no podía concentrarme en nada. Cada una afrontaba el estrés que habíamos vivido de una forma diferente.

Minnie era adorable, en serio. Una versión más dulce y suave que cualquiera de nosotros. Pese a que a veces ni siquiera era capaz de sostenerme a mí la mirada, y eso que no soy más que un retaco de metro sesenta sin magia alguna, la ratita se había metido en el territorio de los blancos para liberar al amigo de una persona a la que temía más que no apreciaba. Creo que lo había hecho por Laura o, tal vez, porque consideró que nadie se merecía vivir encerrado en una celda en el territorio de los blancos.

No había hecho intento alguno de volver a Colonia, y sospechaba que Victoria había tenido una de esas conversaciones con ella. Sí, de esas que ponen tu vida patas arriba y te demuestran que has de encontrar tu propio camino y no simplemente caminar para no llegar a ningún lado. Si en algún momento Minnie quería hablarlo conmigo, o con Laura, estaríamos esperándola con los brazos abiertos, pero respetábamos que necesitara su tiempo. Era lo mínimo que podíamos darle, después de que ella nos lo hubiese dado todo.

Di un respingo cuando se escuchó un portazo. Minnie se encogió en el sofá y fui consciente de que aquello no podía ser algo bueno. Miré a Laura y a Markel, si eran unos cuantos tigres blancos enfurecidos ellos eran nuestra mejor baza, después de todo.

Pues no.

—¡Laura! —Más que una llamada, aquello sonó a un gruñido.

Gail Grant entró en la sala de estar con la mandíbula tensa y los ojos ligeramente entrecerrados, desvelando al depredador que habitaba dentro de él. Creo que nunca le había visto tan enojado.

Recordé la conversación que había tenido con Victoria Lou. Si pretendía que yo controlara a Laura mientras ella hacía lo propio con su marido, lo llevábamos claro. Creo que Minnie estaba a punto de esconderse detrás del sofá y, sinceramente, por una vez igual hasta yo hacía lo mismo.

Miró a Laura, sentada frente a Markel, con el tablero de juego entre ellos. Creo que aquello le molestó. Que ella estuviera tranquilamente instalada allí mientras él sacaba humo por las orejas.

—Vamos a hablar tú y yo, ahora —masculló tenso.

Laura hizo el ademán de levantarse, pero Markel lo hizo primero, manifestando al mismo tiempo al tigre blanco en medio del comedor de los Grant. Minnie empezó a temblar a mi lado y le cogí la mano, en un gesto más instintivo que no valiente, mientras el tigre rugía al hombre que había frente a él, aunque su mitad humana se mostraba fría e indiferente.

—¿Me estás amenazando en mi propia casa? —le criticó el padre de Laura a Markel apretando los puños pero sin liberar al jaguar, algo que demostraba hasta qué punto era capaz de contenerse.

—No nos gusta el tono que ha usado con nuestra pareja —le contestó él, encogiéndose de hombros mientras Gael le miraba con una mezcla de rabia y desprecio.

—Debería habértelo contado, papá —afirmó Laura, colocándose al lado de Markel y cogiéndolo de la mano.

Había algo mágico en eso. En la forma en la que se reconocían cuando se tocaban. Era igual con el resto de las parejas sometidas al reclamo que conocía: Sam y Tom, Sophie y Gabriel.

El gesto severo de Markel no cambió, pero el tigre blanco dejó de mirar al hombre para darle la espalda y colocarse al otro lado de Laura con una expresión protectora, mientras ella enterraba la mano que tenía libre en su pelaje.

—Es una decisión precipitada —sentenció Gael, que no parecía estar especialmente satisfecho con esa afirmación.

—Díselo a las bestias —anunció Laura haciendo una pequeña mueca, como si entendiera perfectamente lo que opinaba su padre sobre su relación. ¡Para no hacerlo! El tío de Markel era un sádico que maltrataba a su mujer y a su hija. Dudo que un tigre blanco fuera lo que un dual padre quisiera para su hija.

—No...

Fue un susurro conmovido. Sorpresa, sí, y también un punto de preocupación.

—Pues va a ser que sí —afirmó Markel con un tono altivo que casi hizo que me diera una crisis de risa de esas tontas, allí en medio.

—Un reclamo —murmuró impresionado Gael, frotándose el pelo, dejando a un lado la rabia para intentar encajar aquello—. De acuerdo. Buscaremos una fórmula para que estéis juntos, pero vuestro comportamiento infantil ha puesto a los tigres blancos muy nerviosos y eso os aseguro que no es algo bueno.

—No es tanto por mi fuga —negó Markel.

—Perdona que te contradiga, hijo —le dijo el jaguar y aquel apelativo hizo que Markel se tensara ligeramente, sorprendido—. Hablé con tu tío, ¿sabes? Antes de saber que Laura también había desaparecido y sospechar mil cosas al mismo tiempo sobre lo que podía haberle pasado a mi hija, o a ti. En estos momentos no tengo claro que sean racionales. Si por ellos fuera, más te valdría estar muerto que haber desaparecido sin justificación alguna.

—Morir a manos de un blanco es un premio, no un castigo. Hay cosas mucho peores.

Me estremecí ante aquella afirmación de Markel, hecha de forma casual, y en la veracidad que contenían sus palabras.

—Deberías haber acudido a mí —le dijo Gael a Laura, y esta vez había un punto de tristeza en sus ojos, nada de la rabia que había arrastrado al entrar en el salón—. Habría hablado con August. Una alianza entre nuestras familias no es lo peor que podría habernos pasado, pero ahora tenemos a un puñado de felinos inestables y muy cabreados.

—Lo sé —murmuró mi mejor amiga—. Pero no teníamos otra opción.

—Siempre hay otras opciones, Laura —le dijo su padre con mirada serena—. ¿Pensabas que me opondría a la decisión de tu bestia?

—No —negó ella—. Ese no era el problema.

Gael Grant pasó su mirada por todas las personas presentes en la sala. Yo me sonrojé un poco, pero Minnie dejó de respirar bajo ese escrutinio.

—¿Tus padres saben que estás aquí? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Saben que no estoy en Colonia —le contestó Minnie con voz temblorosa—. No me atreví a decirles dónde íbamos.

—Por si los míos quieren darnos caza —intervino Markel, rescatándola de la atención del jaguar.

—¿Harían eso? —le preguntó a Markel mientras se planteaba esa posibilidad. Un enfrentamiento directo con la familia de felinos más fuerte del planeta.

—Lo harán —afirmó con una tranquilidad que era admirable.

—Sí sospechabas eso, más motivos para que os hubieseis quedado allí —le recriminó Gael.

—No podíamos hacerlo —negó Markel.

—No era por Markel —intervino Laura—. Era por Roy.

—¿Quién es Roy? —preguntó Gael frunciendo el ceño, como si, de repente, todos nos hubiéramos vuelto locos.

—Yo soy Roy.

Su voz era ronca y, pese a que apenas había hablado entre susurros, había una fuerza en cada una de sus palabras que hizo que me estremeciera. No fui la única. Minnie temblaba ya vistosamente y Gael se había girado para enfrentarle con expresión dura. Markel estaba tenso y no me pasó desapercibida la forma en la que su bestia se adelantó ligeramente, para quedar entre Laura y esa posible amenaza que había en la entrada de la sala de estar.

Era enorme. Incluso estando en los huesos, su espalda ocupaba casi la totalidad del marco de la puerta y mediría unos dos metros. Su cabello dorado oscuro le caía sobre los hombros y me sorprendió la fuerza, penetrante, que transmitían aquellos ojos dorados. Creo que yo también empecé a temblar, ligeramente, al verle sosteniéndose por sus propias piernas. Llevaba una camiseta de Gabriel que se le ajustaba al cuerpo por su envergadura y unos shorts deportivos cortos. Tragué saliva.

A su lado estaba Victoria Lou, ayudándole a sostenerse, mientras él se apoyaba con una mano sobre el marco de la puerta, como si luchara activamente contra eso que llamamos gravedad.

Gael Gran elevó el mentón y olfateó el aire, como si quisiera entender algo. No podía no haberse dado cuenta de las cicatrices que recorrían los brazos y las piernas del hombre que estaba al lado de su esposa.

—Es imposible...

Y fue entonces cuando, frente a nosotros, se manifestó un enorme león de melena entre dorada y castaña, ojos color miel que brillaban como si fueran dos topacios. Gruñó y el vello de mi piel se erizó. No fui la única que se impresionó con aquello: pude sentir la tensión, evidente, en todos los que estábamos allí. Jamás había escuchado un gruñido como aquel. Quizás el dolor, el sufrimiento o la desesperación que había sufrido a lo largo de su vida tiñó aquel rugido dándole tantas tonalidades que era capaz de estremecer hasta a los jaguares y al tigre. Había algo en él que no era solo animal.

Gael se tensó y frente a él apareció su jaguar, dispuesto a presentar resistencia y protegernos en caso de que hubiera un enfrentamiento, aunque eso no llegó a suceder.

El majestuoso león desapareció en el momento en el que el hombre se desplomó, perdiendo de nuevo el conocimiento. Victoria Lou consiguió que no se golpeará con fuerza contra el suelo, pero no pudo sostenerlo por completo.

Nos quedamos en silencio y los padres de Laura se miraron, el uno al otro, sin mediar palabra. Nunca un silencio había sido tan incómodo como aquel.